

## NI PATRIOTISMO NI COSMOPOLITISMO

Los méritos del patriotismo y el cosmopolitismo no son abstractos y, ciertamente, no son universales. Vivimos en un mundo profundamente desigual. Como resultado de ello, nuestras opciones varían según la situación social, y las consecuencias de actuar como «ciudadano del mundo» son muy distintas dependiendo del tiempo y del espacio. Si no hubieran existido los *swadeshi*, la India seguiría siendo una colonia británica. ¿Hubiera sido esto más acorde con la moralidad kantiana? Gandhi así lo entendió, pero Tagore no.

Los fuertes —política, económica y socialmente— tienen la opción de ejercer una hostilidad agresiva hacia los débiles (xenofobia) o bien de comprender, magnánimamente, la «diferencia». En ambos casos, siguen siendo unos privilegiados. Los débiles —o los que no son tan fuertes— sólo superarán las desventajas que padecen (aunque sea parcialmente) si insisten en los principios de la igualdad grupal. Y, para lograrlo, pueden tener que estimular la conciencia de grupo: el nacionalismo, la afirmación étnica, etcétera. El nacionalismo de Mandela no era, moralmente hablando, lo mismo que el nacionalismo afrikaner. Uno era el nacionalismo de los oprimidos (los negros oprimidos por los blancos) que intentaban poner fin a la opresión. El otro empezó como el nacionalismo de los oprimidos (los afrikaners oprimidos por los anglófonos) pero acabó convirtiéndose en el nacionalismo del opresor (el apartheid).

¿Cuál es la situación concreta en los Estados Unidos de hoy? En 1945, este país se convirtió en la potencia hegemónica del

sistema mundial. Eran, con diferencia, la nación más poderosa desde el punto de vista económico, militar y político, e incluso cultural. Su línea ideológica oficial tenía tres aspectos principales: los Estados Unidos de América son el país más grande del mundo (nacionalismo estrecho); son el líder del «mundo libre» (el nacionalismo de los países ricos, blancos); son los defensores de los valores universales de la libertad individual y la igualdad de oportunidades (justificadas en términos de imperativos categóricos kantianos).

El gobierno y los portavoces morales de los Estados Unidos no veían dificultad alguna en afirmar las tres cosas simultáneamente. La mayoría de las personas no eran conscientes de la inconsistencia interna de esta triple afirmación. Pero, para otras —cuando menos algunas otras— esto no era más que una justificación, una legitimación de los privilegios y el dominio estadounidenses. A menudo, a estas personas les resultaba más sencillo atacar la hipocresía del kantismo estadounidense reivindicando la liturgia de la liberación nacional.

El mundo ha cambiado. Los Estados Unidos no son tan fuertes como lo eran. Europa Occidental y Japón han alcanzado e incluso superado a los Estados Unidos en términos económicos. Y están en proceso de distanciarse políticamente. El desmoronamiento de la Unión Soviética los ha debilitado aún más, en la medida en que ha socavado el principal elemento de control político que tenían sobre Europa Occidental y Japón.

Dentro de los Estados Unidos, la voz de los grupos oprimidos ha adquirido un tono «étnico» mucho más estridente, y ya no apela tanto a los valores universales como solía hacerlo anteriormente. Y como respuesta al declive geopolítico y al estilo más etnocéntrico de los grupos oprimidos en los Estados Unidos, los defensores de los privilegios afirman la necesidad de un patriotismo «integrador».

Pero la respuesta a un patriotismo interesado no es un cosmopolitismo satisfecho de sí mismo. La respuesta adecuada consiste en apoyar a las fuerzas que quieren acabar con las desi-

gualdades existentes y contribuyen a crear un mundo más democrático e igualitario. La postura del «ciudadano del mundo» es profundamente ambigua. Tanto puede servir para mantener los privilegios como para socavarlos. Se necesita una actitud bastante más compleja y la agudeza suficiente como para, a medida que las circunstancias políticas cambien los parámetros de la batalla, acercarse o distanciarse de la afirmación defensiva de los derechos de grupo de los débiles.

Lo que se necesita, desde el punto de vista de la educación, no es aprender que somos ciudadanos del mundo, sino que ocupamos un nicho particular en un mundo desigual, y que ser desinteresado y global por una parte y defender los propios estrechos intereses por otra no son posturas opuestas, sino posturas que se combinan de formas muy complicadas. Algunas combinaciones son deseables, otras no. Algunas son deseables aquí pero no allá; ahora pero no después. Una vez hayamos aprendido esto, podremos empezar a hacer frente intelectualmente a nuestra realidad social.